

ANEXO. Sobre la Revolución Bolchevique y su significado.

En febrero de 1917 fue derrocado en Rusia el régimen zarista, la guerra había socavado la capacidad de coerción del Estado. Surgió una situación de “poder dual”, con un Gobierno provisional que pretendía autolegitimarse mediante una constitución, presidido por Alexander Kerensky (antes por Lvov), y un Soviet de Petrogrado (dirigido en coalición después de febrero por los bolcheviques y coaligados con otros socialistas) que alegaba tener el apoyo de la calle, de los obreros y los soldados amotinados, otra forma de legitimidad. Como señala Eley, la escisión entre las dos formas de legitimación, la constitucional y la de la calle, fue acompañada de la polarización social, que acabó destruyendo el marco para una “revolución burguesa”.

Durante abril aumentaron las contradicciones, la actuación del gobierno provisional no satisfizo las expectativas populares, y, conforme aumentaba la movilización de las masas disminuía la capacidad del gobierno para aplicar sus políticas. Al no hacer la reforma agraria, los campesinos obtuvieron la tierra ocupándola por su mano; al no llegar la paz, las tropas dejaron de ser leales al gobierno. La clase obrera organizada fue tomando la industria a través de los comités de fábrica. Como señala Eley, “en los tres frentes -Tierra, Ejército e Industria- las presiones para que se resolviera el poder dual a favor del soviét alcanzaron un punto culminante” (Eley, 2003: 145). Los bolcheviques fueron presionando en pos de alcanzar la vía revolucionaria- siguiendo las *Tesis de Abril* de Lenin-, y buscaron alumbrar la revolución en los países capitalistas avanzados del occidente europeo. Para prender la mecha era necesario el traspaso de la total soberanía al Soviet: “Todo el poder para los soviets” como consigna de Lenin (Eley, 2003: 145-147).

Bolcheviques y mencheviques eran las dos facciones opuestas del Partido Socialdemócrata Ruso, surgido en 1899. Los mencheviques pretendían alcanzar la etapa socialista de forma “ortodoxa”: La Revolución de febrero había derribado al zarismo, por su inmovilidad y la presión de las clases bajas; se pretendía alcanzar la etapa liberal-capitalista con la consecución de una “revolución burguesa” frente al autocratismo zarista, y no lanzarse al socialismo sin respetar las “leyes objetivas” de la filosofía de la historia y la teleología marxista. La interpretación menchevique de la situación rusa iba en la línea de las tesis del socialismo durante la II Internacional, es decir, del determinismo confiado en las crisis periódicas capitalistas que lo llevarían a un derrumbamiento ulterior; en vez del revolucionarismo buscaban introducirse en un sistema democrático nacional con una base de

masas, para lograr reformas a corto plazo y estar en óptima posición a la espera de la caída del capitalismo (Eley, 2003: 149).

El bolchevismo, siguiendo los planteamientos de Lenin, pretendía llegar a la “revolución socialista”, sin pasar por la etapa de la “revolución burguesa” según dictaminaba la dialéctica de la doctrina marxista, para impulsar la revolución en Europa. Esta teoría se sustentaba en la creencia de Lenin en que el proletariado debía desplazar a la burguesía como cabeza de la revolución. Al estar Rusia enormemente atrasada con respecto a la Europa occidental, penetraron en ella capitales extranjeros así como nuevas tecnologías que se conjugaron con el reaccionarismo de la estructura política, el predominio de la masa campesina y el subdesarrollo de la sociedad civil. Así, el capitalismo en Rusia no se desarrolló de forma “orgánica” provocando la debilidad de la burguesía. El proletariado ruso si bien era escaso (minoría en una sociedad campesina), debido a su condensación económica y física disforme (en Moscú y Petrogrado) adquirió cierta fuerza y conciencia de clase, dándole una importancia en la política que sobrepasaba en mucho su trascendencia numérica. El proletariado tenía que tender a la revolución y no a la reforma, siempre complementado por la movilización revolucionaria en el campo. En este ambiente, los bolcheviques deberían ejercer el poder para organizar los ímpetus revolucionarios. (Eley, 2003: 153-154) Según el análisis leninista- *El Imperialismo, estadio supremo del capitalismo* de 1916- y de otros antes que él¹, el capitalismo pasaba por una fase “imperialista” al agotar el progresismo liberal fruto de sus necesidades expansivas, lo que causaría su destrucción. El imperialismo había generado la guerra internacional donde la Rusia de los zares era muy vulnerable debido a su atraso. La vulnerabilidad rusa debía de compaginarse con el internacionalismo revolucionario bolchevique: ni Lenin ni Trotsky discutían que en Rusia no había “condiciones objetivas” para la revolución, frente a esto, el internacionalismo debía de ser la solución, generando una revolución en Occidente en la que Rusia haría el papel de mecha; las carencias rusas tenderían a diluirse si Europa se convertía al socialismo, el aislamiento de una Rusia socialista

¹ La historiografía ha atribuido a Lenin la paternidad de este planteamiento erróneamente. Hobson con su obra *Imperialismo* de 1902 y Rudolf Hilferding en *El Capital financiero* de 1910, trazaron que el capitalismo seguía una ley inevitable de expansión ininterrumpida hasta un momento de plenitud, que tras su superación, llevaría a un enfrentamiento entre los Estados capitalistas. Rosa Luxemburgo había escrito en 1913 *La acumulación del capital* donde también afirma que el capitalismo, al llegar a la fase imperialista acabaría desapareciendo, al acabarse el espacio a colonizar. Es notorio que lo escriba justo en el momento de las crisis balcánicas, inmediatamente antes del estallido bélico del verano de 1914. (Andrés Gallego, 1979: 96-97).

desaparecería mediante la solidaridad internacional². La revolución de Octubre se realizó de acuerdo a estas ideas (Eley, 2003: 153-155).

Los meses de junio-julio dieron lugar a una mayor radicalización de la escena rusa, debido al desplome sistémico de la economía, con el consiguiente descenso de los salarios, inflación, quiebra de la industria y las carestías, además del endurecimiento de la represión por el Gobierno provisional. Los bolcheviques pasaron a ser el único grupo que, bajo las aspiraciones populares, no estaba pervertido por inactividad gubernamental. El bolchevismo acabó superando al menchevismo. En agosto se dio el golpe contrarrevolucionario de Kornilov, que fracasó socavado por la resistencia de la clase obrera. Para la rama socialista que continuaba con la política de unidad nacional, la polarización social fue nefasta, mientras que para el bolchevismo actuó como el acicate que permitió su ascenso. Continuó la radicalización en abril-octubre, lo que abonó la escena para la subida al poder de los bolcheviques (Eley, 2003: 147- 152). Como señala Eley: “el triunfo de los bolcheviques se derivó de su consecuente no participación en el gobierno, lo cual les dio ascenso a la contralegitimidad revolucionaria del Soviet, a diferencia de sus rivales, que veían los disturbios populares como una amenaza para el progreso ordenado de la revolución”. (Eley, 2003: 152)

El levantamiento bolchevique, preparado por un comité revolucionario presidido por Trotsky, se fijó para el día de la apertura del Segundo Congreso Panruso de los Soviets, que se reunió con tendencias políticas totalmente polarizadas, al gusto de Lenin, partidario de las escisiones polémicas. En uno de los bandos se situaron los mencheviques y socialrevolucionarios de derechas, los cuales otorgaban la legitimidad a una inminente Asamblea Constituyente de la que resultaría una Constitución parlamentaria (“burguesa” para los bolcheviques). Éstos abandonaron el Congreso en señal de lealtad a la Constituyente. En el bando contrario se situaban los bolcheviques respaldados por la legitimidad que les otorgaba la perspectiva revolucionaria. El 25 de octubre se dio la “toma del Palacio de Invierno”, antigua residencia de los zares, lugar de emplazamiento del Gobierno Provisional, acontecimiento histórico que ha pasado a la mitología revolucionaria, junto con sus líderes, que ocupan un lugar muy destacado en el Parnaso comunista. Los apoyos con los que

² Esta no es otra que la teoría de la “revolución permanente”, es decir, comprender a Rusia únicamente como un detonante que impulsara la revolución proletaria al occidente industrializado, donde existirían “condiciones objetivas”. Esta fórmula ya fue enunciada por Marx al final de su vida, luego será recuperada por Trotsky (Hobsbawm, 2000: 64).

contaron los bolcheviques fueron abundantes, destacando a la militancia del ejército y los obreros industriales de las ciudades. Los soviets tuvieron el liderazgo en los soviets pero la debilidad en la Constituyente, donde sólo obtuvieron 175 escaños de 707, logrados por el apoyo en los medios urbanos radicalizados. Sin embargo, la Asamblea Constituyente había perdido su legitimidad antes de las elecciones de noviembre de 1917 (Eley, 2003: 155-156). La Revolución de Octubre se “hizo”, o simplemente “tuvo lugar” y su próximo objetivo iba ser la instauración de ese período transitorio propio de la doctrina marxista, la dictadura del proletariado. Los sucesos acaecidos en Rusia iban a tener no poca repercusión en la vieja Europa.

La perspectiva sobre las revoluciones de Skocpol negaría el tópico de la “conquista bolchevique del poder”, que terminaría por ser una entrada en un diccionario de “mitología socialista”. De esta forma, desde la estructura, no serían los bolcheviques los que hicieron la revolución con conciencia y una ideología *ad hoc*, sino que lo que ocurrió es que un grupo revolucionario aprovechó una situación en la que el Estado no pudo ejercer su fundamental función de coerción, fruto de la “situación revolucionaria” generada por la Primera Guerra Mundial. Aun concordando con la “interpretación estructural”- la no salida de la guerra es lo que precipita la revolución-, siempre sin marginar al agente histórico, la introducción de este apartado se ha considerado necesaria pues es decisiva para entender el período revolucionario posterior, en el que la visión bolchevique de la revolución guiará trascendentales acontecimientos en Europa, no siendo únicamente un mero capricho narrativo.

Al realizar un acercamiento a la historiografía parece que no cabe duda de que el panorama social europeo se transformó radicalmente tras el Octubre ruso, teniendo en cuenta además, que el socialismo no estaba unido en torno al planteamiento de actuar de forma directa. Sin embargo, siguiendo a Andrés Gallego, debemos lanzar la pregunta de si “la revolución rusa fue una realidad sentida inmediatamente en 1917” en Europa, (Andrés Gallego, 1979: 103). El autor señala que, si bien el tema ruso es claramente influyente en el desencadenamiento revolucionario, lo hace de forma irregular y confusa, es decir, que pese a las intenciones bolcheviques, los sucesos subversivos no eran únicamente consecuencia directa de su política. Es más, habiendo visto que la revolución rusa es el resultado de dos procesos distintos, así como de dos planteamientos distintos sobre cómo debe de hacerse una revolución –nuevamente, en el seno de una estructura- el apoyo a la Revolución Rusa no significa, al menos en 1917, el apoyo a la causa bolchevique. Como afirma el mismo autor, realmente en 1917 la Europa al oeste no tiene un claro conocimiento de lo que sucede en la

Rusia revolucionaria, sólo se tiene constancia de que ha caído la autocracia zarista. “Laboralistas, anarcosindicalistas, socialistas y meros pacifistas de Occidente acogen la revolución rusa como mero símbolo de un hecho general- el éxito de la batalla contra el orden establecido- que cada uno desea repetir con sus propios y contradictorios afanes” (Andrés Gallego, 1979: 110). Esta afirmación nos ilustra acerca de cómo se extendió por Europa la sombra de la revolución. Surgía como una totalidad que en los primeros momentos significaba desatar la “imaginación política”, tal y como lo denomina Geoff Eley (2003: 157).

Como señala Mazower, la característica común de la totalidad de las ideologías existentes es que conciben la consecución de su utopía como el punto final de la Historia, sea el comunismo internacionalista o la democracia. Si Woodrow Wilson pretendía seguridad para el desarrollo democrático, Lenin quería edificar un comunismo emancipado de la explotación económica, pero ambos tenían su sociedad ideal a construir. Las ideas evidentemente chocaron con el peso de la estructura. Así, la ideología, aunque no sea la guía estricta del desarrollo histórico, debe importarnos en tanto que actúa como un vehículo transmisor de la fe, que moviliza para la acción política (2001: 10-12).

Si la perspectiva estructural nos permite comprender un proceso en su totalidad, es necesario sumergirse en las acciones de los hombres, en las ideologías y la conciencia humana, para analizar las perspectivas de unos actores que guiarán, en parte, el período revolucionario que aquí se analiza, y cuyo *modus operandi* pretendió ser emulado en el occidente europeo en no pocas ocasiones. Como señala Hobsbawm, “la revolución original y formativa de 1917, estableció pautas para las revoluciones posteriores, cuya evolución dominó en gran medida” (Hobsbawm, 2011: 63).

Eric Hobsbawm hace una afirmación que no parece demasiado exagerada: al tener lugar el doble proceso revolucionario ruso “parecía evidente que el viejo mundo estaba condenado a desaparecer. La vieja sociedad, la vida económica, los viejos sistemas políticos...”. Pareció que el estallido revolucionario ruso fuera la mecha que comenzara el levantamiento del socialismo contra el capitalismo, tornando la contienda internacional, que ya no tenía sentido para las bases, en un momento histórico con posibilidades de cambio positivo. “Fue la revolución rusa- o, más exactamente la revolución bolchevique- de octubre de 1917 la que lanzó esa señal al mundo, convirtiéndose así en un acontecimiento tan crucial para la historia de este siglo como lo fuera la revolución francesa de 1789 para el devenir del XIX”. Sin embargo, siguiendo con el argumento del autor, las consecuencias de 1917 fueron

de mayor amplitud ya que Octubre generó “el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna” (Hobsbawm, 2011: 63). Octubre se vio a sí mismo como un acontecimiento “ecuménico”, es decir, tendente a la universalización de la revolución proletaria, fuera del ámbito nacional ruso; Rusia sólo había sido una batalla.

Al final de la Gran Guerra parecía que esto era factible, debido a que la propia conclusión de la misma generó una crisis de carácter político y revolucionario en Europa, destacando sobre todo en los países derrotados (Alemania, Austria-Hungría y Bulgaria), la misma que había provocado la caída de Nicolás II en Rusia. Si Rusia había sido el primero de los regímenes hundidos por la Primera Guerra Mundial, ¿por qué no podrían caer otros en medio de la explosión social generada por el malestar de la guerra? (Hobsbawm, 2011: 62-67). La fe socialista creía en el surgimiento de una sociedad sin desigualdad e injusticia, con la doctrina marxista como garante científico que mostraba un determinismo histórico; desde estos planteamientos, no resulta extraño que la Revolución de Octubre fuera vista como el inicio del camino hacia la tierra prometida. Esto explica, en parte, que tras 1917, los planteamientos bolcheviques absorbieran las anteriormente plurales tendencias revolucionarias sociales. La revolución se identificó plenamente con Moscú y la táctica comunista (Hobsbawm, 2011: 79-81); se encendieron ilusiones largo tiempo apagadas por la concepción reformista de la Segunda Internacional: como señala Núñez Florencio, un nuevo horizonte revolucionario surgió en medio del cansancio de la guerra, la revolución rusa emergió pronto como un “ejemplo a seguir” (Núñez Florencio, 1993: 49).

La gran exportación rusa a la praxis revolucionaria europea fue el *soviet*, El término ruso equivale en castellano a la palabra “consejo”. El primer consejo obrero surgió en la revolución rusa de 1905 acaecida en Petersburgo: debido a que en el Imperio zarista no existían partidos de cuño obrero, las bases revolucionarias tuvieron que generar un organismo para articularse y coordinar las actividades revolucionarias. Así, en las fábricas fueron elegidos delegados que acabaron integrando el Consejo de Diputados-Obreros de Petersburgo, que fue el símbolo de la revolución. Tras Febrero se constituyeron de nuevo los soviets, junto con consejos de soldados.

Lenin había recelado sobre la acción espontánea de estos consejos, sin embargo los reconoció como un instrumento eficaz para la toma del poder y para el afianzamiento de los bolcheviques (Tormin, 1987:23). Como señala Eley (2003:153), la importancia del soviet residía en que, “por iniciativa propia, los obreros habían creado una democracia

revolucionaria”. En el seno del soviets fue donde los bolcheviques por vez primera ganaron las elecciones en 1917, “donde el bolchevismo adquirió sus credenciales democráticas”. El Comité Revolucionario Militar del Soviet de Petrogrado organizó conjuntamente la toma del poder con los bolcheviques, es decir, para Eley, “la democracia soviética proporcionó la legitimidad que llevó a los bolcheviques al poder”. En la concepción de Lenin el proletariado industrial debía ser la vanguardia del movimiento revolucionario internacional, y por esto, la base de creación de los soviets, a los que luego habría que incorporar a otras clases desfavorecidos, especialmente a los soldados y los campesinos. La alianza en el seno del soviets, de trabajadores, campesinos y soldados debería ser la base para el “Estado proletario” (Cole, 1961: 281).

Como señala Walter Tormin, los consejos tendrán una doble función, la de órganos revolucionarios, y la de ser el organismo incipiente de un nuevo modelo de Estado, la dictadura del proletariado. Además, “los Consejos de Obreros y Soldados se convirtieron muy pronto en la expresión por excelencia de las revoluciones del siglo XX y también en la forma política propia del dominio proletario” (1987: 24), ya que como señala Hobsbawm, “dado que los trabajadores organizados estaban familiarizados con las asambleas de delegados elegidos directamente, que apelaban a su sentimiento intrínseco de democracia, el término *soviet*, traducido en ocasiones (*räte* en Alemania y Austria) [...], tenía una gran fuerza internacional (2011: 68). Al principio, pocos activistas de los consejos los tomaban como un recambio permanente del parlamentarismo, sino más bien como organismos de presión y transición hacia sistemas democráticos, aunque con posibles funciones de vigilancia en un sistema republicano; sin embargo, durante la radicalización de 1918 a 1921 aumentó la visión comunista combativa, que se haría distintiva de los mismos (Eley, 2003: 164-165).

Los consejos obreros serán una característica distintiva de la actuación revolucionaria del período aquí analizado, aunque como señala Geoff Eley (2003: 164) “las formas exactas de la militancia eran muy variadas”: en esta categoría entran desde comités huelguísticos fuera de los cauces oficiales, a los que tenían objetivos revolucionarios (como los organizados en las fábricas de Turín, o el movimiento de los *räte* alemanes.